

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

DOCUMENTOS DE LA HISTORIA

Dos cartas

De Federico de Prusia á Voltaire.

«24 de Marzo de 1778.

Me he fijado, querido patriarca, y muchos como yo, en que los lugares donde hay muchos conventos son siempre los más atrasados y los que más ciegamente se entregan á la superstición. Es preciso, pues, destruir los claustros ó por lo menos disminuir mucho su número. El momento es propicio. El gobierno francés y el de Austria están agobiados por las deudas, y en vano expresan á la industria con nuevos impuestos para salir del mal paso. La riqueza de los conventos, acumulada durante siglos, es un recurso tentador. Haciendo ver el mal que los frailes causan á sus Estados, y aplicando á las necesidades de éstos los tesoros de los monjes que no tienen herederos, yo creo que puede decidirse á realizar tal reforma. Todo gobierno que esto haga será amigo de los filósofos, de todos los hombres que combaten las supersticiones religiosas y le debe importar poco el clamoreo de los hipócritas.

He aquí el pequeño proyecto que someto al examen del patriarca de Ferney. El se encargará como el llamado Padre de los fieles, de rectificarlo y ejecutarlo.

El patriarca me objetará tal vez preguntándome qué haremos en tal caso de los obispos. Yo le respondo que no es tiempo aún de meterles mano; que hay que comenzar por destruir á los que encienden el fanatismo en el corazón del pueblo. Cuando el pueblo se haya enfriado y no sea tan fanático, los obispos serán por necesidad unos buenos chicos, de los que podrán disponer los soberanos como quieran.

El poder de los eclesiásticos no es tan grande como muchos creen: tiene por única base la credulidad de los pueblos. Ilustrad á éstos y cesará el encantamiento.

Del mismo al mismo:

«5 de Mayo 1767.

El rey de España acaba de expulsar á los jesuitas de sus Estados. Además, las Cortes de Versalles, Viena y Madrid, han exigido al Papa la supresión de un número considerable de conventos. El Pontífice tendrá que consentir aunque sea á regañadientes. ¡Completa revolución! ¿Qué no ocurrirá en el siglo que seguirá al nuestro? El hacha muere ya las raíces del árbol. De un lado los filósofos claman contra los absurdos de la superstición; de otro modo las disipaciones de los príncipes les obligan á apoderarse de los bienes de los frailes, trompetas del fanatismo. El edificio, socavado en sus cimientos, va á derrumbarse, y las naciones inscribirán en sus anales que Voltaire fué el promotor de esa revolución que se realizará durante el siglo XIX en el espíritu humano.

OPINIONES SOBRE LA NOTA

¡Ven ustedes cómo tenía yo razón! Hemos ido por lana y hemos salido trasquilados.—*El duque de Tetuán.*

¡Pero qué mano izquierda la de Rampolla! ¡Ni la de Lagartijo! ¡Eso es saber trastear á los toros!—*Romero Robledo.*

Ya saben ustedes que yo soy partidario de las soluciones extremas: á Melilla ó á mi casa, ó con Roma ó contra Roma.—*Lopez Domínguez.*

¡Pero qué vivo fui yo marchándome del Gobierno!—*Canalejas.*

¡Rampolla, perdido como la onda!—*Dato.*

¡Qué quieren ustedes que opine de la Nota del Vaticano el Presidente del Patronato de Santa Rita (Asilo de jóvenes corrigendos)?—*Silvela.*

¡Oh, la curia romana! ¡Nadie superior á ella! ¡Ni mi difunto cuñado Gamazo!—*Maura.*

¡Si ya lo decía yo! ¡Ese Almodóvar es tonto de la cabeza!—*Romanones.*

Desde el tratado de París y la muerte de Meco, yo no me permito opinar en cuestiones diplomáticas.—*Montero Ríos.*

¡Pero cómo triunfa mi política!—*D. Carlos.*

Señores liberales, ¿no querían ustedes resolver la cuestión religiosa? ¡Pues ha llegado el momento!—*Azcárate.*

¡Viva Roma! ¡Viva León XIII! ¡Viva Rampolla! ¡Viva la curia romana! ¡Viva el cacicato de Asturias! ¡Viva yo!—*Pidal.*

Al que no quiere caldo la taza llena.—*Capdepón.*

¡Dejad que los frailes vengan á nosotros!—*Marqués de Vadillo.*

¡Qué triunfo el de Roma! Para celebrarlo voy á comerme ahora mismo dos cubiertos de quince pesetas.—*Azcárate.*

Y todavía se atreven los liberales á llamarnos católicos!—*Villaverde.*

La Nota del Vaticano es una consecuencia lógica de la circular de Alfonso González. ¡Donde las dan las toman!—*Marqués de Pidal.*

¡Nos han reventado!—*Montilla.*

Yo desde que me han nombrado gobernador del Banco no me entero de nada.—*Mellado.*

La verdad, yo no me explico esas exageraciones de la opinión. ¿Que el Vaticano no accede á ninguna de nuestras pretensiones? ¡Pues hace bien! El está á lo suyo, y nosotros á lo nuestro, como dice con un gran sentido práctico Moret. Demos tiempo al tiempo. Ya se arreglará todo. No por mucho madrugar...—*Sagasta.*

¡Qué placer que le den á uno con la badila en los nudillos!—*Rodríguez.*

Y con el pie en salvo sea la parte.—*Almodóvar.*

¡Dios sobre todo!—*Moret.*

BRUTALIDAD

Es el pasado que renace. Es la santa, la secular, la veneranda tradición. Es la herencia de nuestros mayores. Es el legado de los siglos. No hay que renegar de ello, caballeros. ¡Pues qué, se hacían ustedes la ilusión de que cabe excitar en el alma de un pueblo los sentimientos atávicos, sin que resurja en ella la fiera nativa con sus instintos de violencia y destrucción?

En guerra contra infieles, herejes y liberales, una religión que se llama de paz ha inundado de sangre nuestra patria durante doce siglos. Ahorcando y fusilando á troche y moche, se ha conservado aquí el orden y se han salvado las instituciones. Las glorias de que nos ufamamos no son progresos de la ciencia ni adelantos del derecho, sino victorias y conquistas. A falta de otro motivo moral, el sentimiento bárbaro del honor caballeresco constituye la norma del obrar. El ideal de la humanidad consiste entre nosotros en el valor llevado á límites de ferocidad. Según la gráfica expresión de nuestro pueblo, *es muy hombre*, no aquel que perdona, sino el que lava con sangre la injuria. Toda nuestra literatura clásica refleja y exalta ese espíritu de venganza. ¡Por qué, señores retrógrados, fomentar las causas y espantarse de los efectos?

El homicida en España no suele ser un criminal nato, un asesino de oficio. Lo es cualquiera, un vecino pacífico, un pobre trabajador, á veces un buen hombre. Hay que penetrar un poco en la psicología nacional para comprenderlo. Ese obrero que mata á su hermano por un *mentis*, ese empleado que apuñala á su compañero por una broma, son en realidad un par de caballeros de la Edad Media. El hombre del pueblo lleva en el bolsillo la navaja como antaño el hidalgo llevaba en el cinto la espada. En el alma lleva el sentimiento del valor, de la guapeza, del honor. Pone su honra en vengar el agravio; una palabra, una sonrisa, una mirada. Una religión ritual, externa, vacía de toda medula ética, ha dejado su conciencia virgen de coacción interior. Su entendimiento es un muro de tinieblas. Nada se ha hecho para educar su corazón y su voluntad. Las pasiones ocupan en su alma el vacío que deja la razón. El menosprecio de la vida humana es para él un instinto nativo, hereditario. Y mata: mata porque sí, por resabio de atavismo, por fatalidad de temperamento, por ley de herencia, por movimiento reflejo, por impulso irresistible de la bestia suelta que nadie se ha cuidado de reducir á domesticidad.

Cuando el pasado resucita, no hay que admirarse de que con su resurrección coincida ese recrudecimiento de la delincuencia que verdaderamente aterra. Son fenómenos conexos y aun complementarios. Como el termómetro la temperatura ambiente, así señala la criminalidad la degradación moral de un pueblo. ¿Qué ha de suce-

der? Se oye predicar desde la cátedra del Espíritu Santo el odio y el exterminio. Las clases directoras andan todavía ensalzando el honor hidalgo y jugando al duelo de mentirijillas. Los homicidas de toda una generación, no sólo están impunes sino que mandan y gobiernan. La fuerza es el resorte supremo con que la sociedad se rige. Decir Estado no es decir justicia, razón, amparo, derecho, sino coacción, exacción, violencia, pena. Jamás de lo alto baja un ejemplo de amor, dulzura y mansedumbre. Se mantiene al pueblo en la ineducación más absoluta. Se procura excitar en él los instintos más bajos. Hay quien emplea su ingenio en defender con razones de pie de banco el bárbaro espectáculo llamado, para nuestro bochorno, fiesta nacional. Todo eso forzosamente ha de dar su fruto.

El mal que los siglos hacen, sólo los siglos pueden curarlo. El enfermo estaría en tratamiento á no haber fracasado, como de hecho fracasamos cuantos aquí miramos hacia Europa. Nuestra terapéutica era muy sencilla. Una escuela verdaderamente educadora inculcaría á los ciudadanos, desde su más tierna infancia, el horror de la sangre y el santo respeto de la vida. La cultura intelectual, infundida á gran presión, pondría entre el impulso y el acto el obstáculo inhibitorio de un cerebro bien conformado. La sanción legal sería para el homicida dura ó inexorable. Se declararían guerras sin cuartel á la navaja, odioso instrumento del asesinato alevoso y cobarde. Se abolirían los espectáculos sangrientos, procurando substituirlos por festivales cultos. Una justicia verdad ahorraría á cada cual el cuidado de tomársela por su mano. Interesando al proletario en la política, el arte, la ciencia, las cosas altas y nobles de la vida, se lograría sacarle de la chirriata y la taberna. Mejorada su condición moral y material, apreciaría en más la propia vida y la ajena. Extendido su horizonte mental, dejaría de ser á sus ojos la baratería la primera de las virtudes...

¡No ha podido ser! ¿Qué hacerle? Sigamos los españoles dándonos de navajadas y mostrando nuestra virilidad bravía con ocasión de una ojeada altanera ó de una jugada de *mus*, á reserva de dejarnos gobernar por Sagasta, torrear por Rampolla, tiranizar por cualquier cacique, sopapear por los yanquis, amenazar por los ingleses, explotar por los frailes y menospreciar por el mismo mundo. Cada uno pone su honor donde puede. Después de todo, nuestra vida no vale gran cosa. ¡Para lo que hacemos de ella!...

ALFREDO CALDERÓN

Pues señor...

(Cuento viejo.)

En un lugar, cuyo nombre suprime la geografía, veneraban á una virgen colocada en una ermita, y famosa en alto grado por los milagros que hacía. A un mudo le dió la lengua, á un ciego le dió la vista, y á un mancebo le dió la mano con la mayor cortesía. Por estos méritos y otros que en la historia no se citan, los vecinos á la virgen pusieron elegantísima, con manto de terciopelo cuajado de perlas finas, siete puñales de plata, pero de plata maciza, y tanto bordado en oro, que dudo si se hallaría en todo el orbe cristiano otra virgen tan divina, presentada con aquel fujo de *guardarropía*. Pues, señor, y aquí entra el cuento: una mañana, en la misa, notaron todos los fieles que á la virgen de la ermita le faltaban varias perlas, catorce ó quince estrellitas y además cuatro puñales de los de plata maciza. Calculando que era un robo,

comenzaron las pesquisas, y en fuerza de indagaciones se supo á los cuatro días que el autor del robo era el sacristán de la ermita. Aunque todo lo robado se lo encontraron encima, él juró que era inocente y que el robo no existía, sino que al ver su miseria la Virgen, compadecida, quitándole las alhajas se las regaló ella misma. Y como la santa imagen tan venerada en la villa era famosa en extremo por los milagros que hacía, sin parar mientes en nada ni acudir á la justicia

—¡Otro milagro!—gritaron aquellas gentes sencillas, y nadie volvió á ocuparse del sacristán en su vida. Pero el cura, que era listo, aunque en milagros creía, interrogó cierta tarde al sacristán con malicia, y en vista de que negaba, como negó el primer día, afirmándose en el hecho, de que la imagen bendita le regaló las alhajas para aliviar sus desdichas, le dijo: —Yo no he dudado de que la bondad divina haya intervenido haciendo el milagro que tú afirmas; pero he de darte un consejo si has de seguir en la ermita: y es, ¡que no admitas regalos ni de María Santísima!

FÉLIX LIMENDOUX

En la fragua.

Negro crespón en el espacio ondea; negro penacho en el fogón levanta la llama, que recia se agiganta, ora rota en jirones centellea.

Frente al frente al jayán que martillea el hierro que en el yunque se quebranta, un tiznado rapaz alegre canta mientras la barra sin cesar voltea.

Todo allí traba atrozador combate; todo hirviente y brutal protesta y late en el recinto de negruras lleno;

todo allí alienta con potente brío, y parecen cantar su poderío juntos el yunque y el titán y el trueno.

ARTURO REYES.

UN CRIMINAL

Juan era honrado, se asoció á uno que no lo era, y perdió su modesta fortuna: historia antigua, siempre nueva, que desmiente á los defensores de la experiencia como enseñanza y consejo.

Ya arruinado, intentó buscar un empleo: sus amigos, á quienes acudió, le rechazaron: historia antigua también, que se reproduce invariablemente en casos idénticos.

Sin esperanzas y falta de recursos, se refugió con su familia en un piso cuarto, pequeño y obscuro, y en él esperó á la Providencia, que no tuvo por conveniente presentarse en cuatro meses. Al fin llegó disfrazado de hombre de negocios que necesitaba un escribiente con buena forma de letra, instrucción y honradez. Juan remía estas condiciones, y empezó á ganar ocho reales diarios, trabajando desde las siete de la mañana á las nueve de la noche, con lo cual impedía que su familia sucumbiese inmediatamente. La muerte dejaba de ser una letra pagadera á la presentación, para serlo á tantos días fecha.

Todo esto ocurría en el mes de Mayo; en el de Noviembre, y por haberse negado á cometer una infamia, le arrojó á la calle el negociante que buscaba dependientes honrados.

DON QUIJOTE

LO DEL CONCORDATO

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

NEGOCIACIONES CON ROMA

EL CONCORDATO

NOTA DEL VATICANO

Se prohíbe hacer aguas en este sitio



¡Cualquiera les tose ahora!



Don Práxedes.—Oh, que filtro envenenado me dais en este papel!



Don Carlos á los suyos.—¡Desgraciados! ¿á que queréis echaros al campo? ¿No veis que mi política es la que triunfa en España?



—¡Pues aunque se prohiba!...



Almodóvar, reflexionando.—¡De esta vez me ha metido Rampolla todo su apellido!



La actitud de los Ministros ante el Vaticano.



Don Segis.—Digan lo que digan, la sotana es el traje que mayor viste.



La contestación que deberíamos dar á la Nota.

Llovía á mares, y Juan, calado hasta los huesos, entró en su desmantelado cuarto, donde el frío helaba las lágrimas que vertía su esposa al besar la frente de una niña de cinco años, presa de fuerte calentura.

Juan quedó aterrado, dejóse caer en una silla, y sepultó la cabeza entre sus manos, permaneciendo así mucho tiempo: de cuando en cuando afirmaba los codos en sus rodillas, cual si sus brazos no pudieran sostener el peso de su cabeza.

La voz latigosa y entrecortada de su hija llegó á sus oídos; hablaba á su madre de una hermosa muñeca que había visto unos días antes yendo con su padre de paseo.

Sin moverse de su asiento, Juan examinó cuantos objetos había en la habitación: el importe de todos juntos no alcanzaba a satisfacer el deseo de la enferma; además, eran ya las doce de la noche y nada podía intentarse.

El viento azotaba en tanto las paredes del edificio, y la lluvia golpeaba el roto cristal de la ventana; todo contribuía a entristecer el espíritu.

Tan ensimismado estaba Juan, que no advirtió el chisporroteo de la lamparilla al apagarse, ni el medroso aspecto que presentaba la habitación con las oscilaciones de la luz que se extinguía.

A la mañana siguiente, la niña conuaba de peligro y hablan de la muñeca; el padre le dió un beso y bajó a la calle.

Eran las ocho, y tuvo que aguardar tres horas para ver algunos amigos que le habían desatendido en su desgracia; pensaba hablarles de su hija, mas no pudo; insistió más tarde, y lo mismo.

Volvió á su casa; la niña seguía pidiendo la muñeca con tal acento, que parecía depender su existencia de su posesión. La madre lloraba. Juan, sin pronunciar una palabra, hizo como que buscaba algo, y bajó otra vez á la calle. En esto ya el sol desaparecía.

Vagó á la ventura, aunque siempre, sin darse cuenta, iba á parar íntegramente á la tienda de juguetes; su mirada quería atraer la muñeca deseada por su hija.

En el corto espacio de tiempo que media entre las primeras sombras y la iluminación de las calles, Juan se pasó muchas muchas veces la mano por la frente, como queriendo ahuyentar un mal pensamiento... Después desapareció... la intensidad de la sombra impidió ver á donde se dirigía.

Instantes después, un hombre corría perseguido por otros. Los brazos cruzados sobre el pecho le impedían correr con velocidad... Palabras extrañas llegaban á sus oídos, pero él corría, corría, más que con el temor de quien huye, con la ansiedad de quien es esperado...

Por fin, fué detenido. Al atarle á la espalda los brazos, cayó al suelo una muñeca.

En uno de los presidios españoles arrastraba después un grillete por el delito de robo con fractura el desventurado Juan. La propiedad es sagrada.

JOSÉ NAKENS

EPIGRAMAS

Á un cesante amigo mío
encontré un día de invierno:
—¿Cómo estás?—le dije al punto,
y me respondió:—Estoy... fresco.

En calurosa porfía,
—¡Todo debe ser común!
un comunista decía;
y al oír esto Fortún
exclamó:—¡Qué porquería!

Porque acude diariamente
á confesarse piadosa,
que es una santa la Rosa
ha dado en decir la gente.
Pero yo, cuando esto escucho,
réplico no sin quebranto:
—Para confesarse tanto
preciso es que peque mucho.

Confesado que hubo á Juana
cierto clérigo truhán,
le preguntó con afán:
—¿En dónde vivís, hermana?
Y ella, docta en travesuras,
repuso sin dilación:
—Vivo... en una habitación
donde no se admiten curas.

Tras reñida discusión,
al infeliz Blas Cascote
pegó una paliza Antón.
—¿Y le pegó con razón?
—No, señor, con un garrote.

Un sujeto algo tronado
fué de Rentas empleado,

y tanto supo de cuentas,
que hoy, que cesante ha quedado,
también vive de las rentas.

LIBORIO C. PORSET

Anécdotas políticas.

(ARREGLADAS LIBREMENTE)

Suárez Inclán va á una cristalería á comprar media docena de vasos.

Elige uno como modelo, y pregunta:

—¿Son muy resistentes?

—Sí, señor.

—Los quiero muy fuertes, porque el médico me ha dicho que yo moriré de la rotura de un vaso. ¡Y hay que vivir prevenido!

Un admirador de D. Práxedes le pide un autógrafo.

—¡Un autógrafo!... Pídaselo usted á Pablo Cruz, que es quien me los escribe.

Romanones en el banquete de Guadalajara:

—Contemplando con un ojo el pasado y con el otro el presente, podremos mirar tranquilamente, cara á cara, al porvenir.

Dos problemas.

I

—¿Dónde reside el alma del humano?—
le pregunté á un político;

y, por toda respuesta, alzóse de hombros...
y señaló al bolsillo.

Un pensador me dijo: —En el cerebro.
—Está en el corazón—, añadió un clínico.

—¿Dónde reside al fin?—dije á Rosario—;
decide tú el litigio.

Y después de quedarse pensativa,
con acento angustioso y persuasivo,
mientras brilló una lágrima en sus párpados...
—¡En el amor es donde está!—me dijo.

II

—¿En dónde está el amor?—le dije á un viejo;
se quedó pensativo...

y, por toda respuesta, alzóse de hombros
con necio escepticismo.

Un romántico dijo: —Está en el pecho.
Un psicólogo nuevo: —En el sentido.

—¿Dónde reside al fin?—dije á Rosario—;
decide tú el litigio.

Y, después de quedarse pensativa,
con acento angustioso y persuasivo,
murmuró, sonriendo tristemente:
—Pues está... ¡donde el alma del político!

FRANCISCO DE LA ESCALERA

EL AUTOR AL USO

Aún me parece estarlo viendo cuando se presentó en mi casa con el manuscrito entre los dedos de la mano izquierda y el sombrero entre las uñas de la mano derecha.

—Caballero—me dijo aquel joven, delgado, muy mal vestido, lo cual no es un crimen, y con el traje lleno de grasa y de otras materias alimenticias, prueba insigne de suciedad que no admite disculpa—; caballero, yo soy hijo de familia, como usted puede ver. Mi mamá es lavandera.

—¡Pues nadie lo diría!—tensé yo, mirando la camisa del joven, que parecía por lo negra y por lo reluciente, una muestra de carbón de coque.

—Bueno. ¿Y qué desea usted?—le pregunté luego de ofrecerle una silla.

—Pues quiero leer á usted una pieza que he escrito; porque desde que me quitaron la plaza de escribiente que tenía en el Ministerio de Fomento, me he metido á escritor.

—Eso es natural—repuse yo—, habiendo sido escribiente de Fomento nada más lógico que dedicarse á escritor público, en épocas de cesantía.

—¿Y en qué sección del ramo ha servido usted?—añadí—.

—En Instrucción pública?

—No, señor; en Caminos. He ocupado allí un puesto durante cuatro años y tres meses.

—¿Y ahora?—le interrumpí.

—Ahora, viendo que el oficio de autor es muy socorrido y después de enterarme de cómo se hacen estas cosas, he cogido una obra francesa que se dejó olvidada en su mesa de noche un señor, cuando mamá tenía casa de huéspedes, y la he traducido al castellano.

—¿A su mamá de usted?

—No, señor; á la obra. Sólo que, siguiendo la costumbre establecida, en vez de poner *traduc-*

ción, he puesto *original*. ¿Qué opina usted de eso?

—Que ha hecho usted perfectamente. Además, su conducta es lógica: un hombre que ha andado cuatro años en Caminos, no puede proceder de otro modo.

—Me alegro de que esté usted conforme conmigo. Y tengo que advertirle una cosa. La obra, según me ha dicho un amigo—porque yo no estoy al tanto de eso que llaman movimiento literario los pedantes—, se representó primero en castellano con mal éxito, y fué traducida al francés, de donde yo la devuelvo al idioma nativo.

—¿Para ver si le han probado los aires extranjeros y la aplauden ahora?.. No hay que preguntarlo: usted sabrá el francés á maravilla.

—He estudiado seis meses en casa por el método Ollendorf, y tengo traducidos todos los temas.

—Perfectamente, joven, perfectamente. ¿Y la obra está en verso?

—Sí, señor. Porque, lo que yo digo: eso de hacer versos es cuestión de empezar.

—Como el rascarse, ¿eh?

—Justamente.

—¿Y por qué metro se ha rascado usted?

—Por redondillas.

—Muy bien. ¿Y el asunto?

—El de siempre: un caballero vestido de frac, peluca blanca y pantalón corto, que le enseña á otro todo lo que pasa en España; un coro de peces, otro de chulos y otro de plantas tropicales, todos con traje de mallas; dos ó tres parlamentos (los parlamentos cortitos) y treinta y seis decoraciones representando varios planetas, las cinco partes del mundo y las Vistillas. Con esto, con una música alegre y unas coristas bien formadas, me parece que el éxito es seguro.

—¡Ya lo creo, joven, ya lo creo! Por supuesto habrá usted cuidado de que las canciones sean picantes y los chistes subidos de color.

—¡Y tan subidos! Me he dejado atrás todos los usados hasta ahora.

—Pues dígame á usted que la obra es de perlas. Usted empieza por donde otros acaban. ¡Ahí no es nada! Treinta y seis decoraciones, el sistema planetario, las cinco partes del mundo, las Vistillas, la mar en peces y hortalizas y versos como los que usted hará... porque no necesito oírlos para comprender que estarán á la altura del ingenio dramático, de la instrucción y de los extraordinarios alientos de usted.

—¡Ah, joven!—seguí diciéndole, mientras le im pedía abrir el manuscrito: no me lea usted nada, no quiero oírlo. Déjeme usted saborear íntegra la emoción que ha de producirme esta obra excepcional.

Usted ha entendido el teatro; usted conoce al público; usted sabe de arte; usted hará carrera y cobrará trimestres escandalosos, y será autor, y la obra se representará seis meses seguidos.

Cultive usted el género, y en cuanto reciba los primeros ingresos de su nueva y originalísima producción, cómprese un gabán fuerte, porque el invierno está muy frío y sería lástima que se malograra un genio así, llamado á ocupar puesto distinguidísimo en la literatura que cultivan sus contemporáneos.

Y cerré la puerta, admirando el poder de Dios, que con tanta bondad y tan desusada frecuencia envía autores de esos á esta venturosa tierra de España.

JOAQUÍN DICENTA

Cantarcicos de mi tierra.

Te encontré un día en el guerto
subidica en una higuera;
quise yo verte las ligas
y no llevabas ni medias.

Cuando á mi me *necesites*
pasa por mi puerta y llama;
pero si no te contesto
es que no me encuentro en casa.

Encontré un día á mi novia
echando patos al agua;
y queriendo yo ayudarle
sin querer metí la pata.

A *juerza* de darte palos
me has de llegar á querer,
pues dándome cocotazos
me enseñaron á leer.

Ayer le di á mi borrico
un pienso de paja seca,
le puse unas gafas verdes
y se lo comió por hierba.

Desde que yo te *conozgo*
pa mí eres la más hermosa;
pero *paices* á la araña,
que siempre busca la mosca.

LORENZO SANTAÑA

LIBROS

La casa editorial Sempere acaba de dar al público en una semana dos libros nuevos. El uno es *Filosofía del anarquismo*, del escritor revolucionario Carlos Malato, famoso por sus campañas periodísticas en *L'Aurore*, de París, y sus audacias de agitador.

Filosofía del anarquismo es un libro ameno y de mucho estudio, propio de un pensador independiente, que al mismo tiempo es un artista. Para conocer lo que es realmente el anarquismo (tan distinto de lo que se imagina el vulgo, confundiendo con los terroristas de acción) ningún libro como el de Malato por su concisión y su claridad. Es una exposición de doctrinas que resume en un solo libro cuanto llevan dicho muchos pensadores y sociólogos; una crítica acerba de la sociedad actual y un completo sistema de lo que será la del porvenir.

Además, la obra de Malato es de las que se leen con tanto interés como una novela, pues su forma no puede ser más sencilla y amena.

El otro libro publicado por la casa Sempere se titula *Cuentos e historias*, de G. Pérez Arroyo, joven escritor que en un género literario tan difícil como es el cuento, se distingue brillantemente por su originalidad y su factura. Algunos de sus cuentos, por la novedad y el arte exquisito de la forma, son dignos de Maupassant ó de cualquier otro cuentista célebre.

Los dos volúmenes de compacta lectura y esmerada impresión, con el retrato del autor en la cubierta, se venden á peseta en todas las librerías.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

El gran Petronio, árbitro de la elegancia en Roma, hubiese señalado á la admiración de la gente el gran establecimiento de muebles de A. Vallejo, *Alcalá, 17*.

No hay mejor vino de mesa que el *Vino Valgañón*. Así lo proclaman propios y extraños. De venta en la calle del Caballero de Gracia, 56, *Bodega del Jalón*.

En todos los tratados de economía política leeréis el mismo consejo: «Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, Sevilla, 13».

¡Bebed una copita de *Anís del Mono* antes de comer y tendréis más apetito que Aguilera!

PAPEL PARA FUMAR

marca REPÚBLICA ESPAÑOLA

Esmerada y pura fabricación Alcoyana.
Depósito en Madrid: Concepción Jerónima, 16.
Fabricante: Leopoldo Ferrándiz, Alcoy.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIA, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.